



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE

El buen guardián.

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ

Epigrama.

F. ROIG BATALLER

La mina de las mujeres.

EDUARDO ZAMACOIS

S. M. la Carne.

FERNANDO AMADO

Las píldoras maravillosas.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

El baile de LA HOJA DE PARRA

TOVAR, BARRACHINA,

MATEOS, SEGOVIANO

y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Lolita Velázquez, «Claudina» y otros varios dibujos.



LOLITA VELÁZQUEZ

Ilustre primera actriz, hermosa si las hay, á quien una pasajera dolencia obliga estos días á tener en suspenso sus tareas.

5 cénts.



EL SANTO DE LA «ALIFONSA»

ENTREMÉS RÁPIDO

PERSONAJES

Alifonsa. Celipe, su novio. La señora Urganda, madre de aquélla. El señor Manuel, «socio» de la anterior.

Casa pobre; pero no honrada.—La acción, débil, se «desarrolló» en el comedor, al medio día del 23 de los corrientes.

ESCENA ÚNICA

URGANDA. — Pero amos, ninchi, come... sin vergüenza...

CELIPE.—¿Cómo me ha dicho usted?

URG.—¿Cómo? Que comas sin vergüenza.

CEL.—Creí que era un epíteto.

URG.—Paece menti que estás junto á tu novia, y no pruebas boca. ¡Miále qué cara! ¡Paece un *te* funeral!

CEL.—Pero, señora, ¿qué quiusté que haga yo con las almejas, si no tienen las malditas más que conchas?

MANUEL.—Se habrán extraviado por el camino.

CEL.—Puá ser.

URG.—Pues coge un cacho de langosta.

CEL.—¡Sí! Como no me den un *micoscopio*, no la veo.

URG.—Anda y sírvele, Alifonsa, que tu Celipe es *miope*.

CEL.—Soy *presbítero*, pues la tendré cansá, pero no corta.

URG.—¿Lo qué?

CEL.—La vista.

URG.—Y oye tú, *onomástica*, ¿no te gusta el repollo? Pues no hay otra verdura. Yo quería unas acelgas; pero están por las nubes.

ALIFONSA.—¡Anda la osa! ¡Si están tirás!

URG.—¿Tirás?

ALIF.—Como usted lo oye.

MAN.—¿Sí? Pues, si están tirás, que las recojan.

URG.—Escucha tú, Manuel; las aceitunas son lo mismo las unas que las otras, pa que lo sepas. ¡Miá que eres ansioso! ¡Siempre te has de tirar á la más gorda!

MAN.—No lo dirás por tí; que te las dejo precisamente las mayores.

URG.—¡Sopla, que te has quemao!

MAN.—A mí sí que me quemas tú con tus indireztas.

ALIF.—¿Va á haber bronca? Porque, si la hay, me ausento por el foro. Madre; déjele usted que se las coma las mayores, ya que esa es su costumbre, con los huesos y tó...

MAN.—Miá tú, Alifonsa; creo que ya te he dicho varias veces que no saques los pies de las alforjas, ú te tiro una jarra á la cabeza.

CEL.—¿A que no se la tira usted á mi novia, la jarra, estando yo? Señor Manolo, ¡pa mí que no pué ser!

MAN.—¿Que no? Pues ¡toma!

(Se lían á «mamporros» el Celipe y el padrastro «adoptivo» de la Alifonsa. ¡Qué modo de zurrarse mutuamente! ¡Qué «garata»! ¡¡Qué escándalo!! ¡¡¡Qué «bronca»!!!... Total: que fueron todos á la «Comi», después de interrumpir su comilona... ¿Qué les pasó? Confieso que lo ignoro; pero sí os aseguro que á estas horas ¡no quisiera yo verme en el pellejo del santo de la joven «Alifonsa»!)

Carlos Miranda.

EL BUEN GUARDIAN

DON Marcos Torote, hidalgo de bien, t-meroso de Dios toda su vida y de los hombres, desde que hubo de dar en la ocurrencia de conceder su oscura mano á la gentil señorita de Gutiérrez, vivía con su esposa en un hotelito de la Guindalera.

Creía Torote que alejando á su joven mujer de la vista continua de los paseantes por las calles céntricas de la corte, librabáse de considerables peligros, de los que quería huir á toda costa para burlar las iras del destino, que, á decir de los amigos que le quedaban de su tiempo, comenzábale con una cruel predestinación.

En fin; este fué el caso que D. Marcos, hombre que, sin necesidad de ser extremeño, era celoso, considerábase á cubierto de los designios de la fatalidad, en su vivienda apartada, donde no toleraba la entrada de nadie más que de la cocinera, á la cual no permitía la estancia más que durante el día, habiéndose negado á que se la concediera albergue durante la noche, y, por cierto, con bastante satisfacción de la guisandera, que así podía dedicarse con más libertad, en compañía de sus amigos ó amigas, á la invención y condimento de distintos guisos con que asombrará sus señores y acrecentar su fama.

Vivían no más en el recinto del hotel, aparte del matrimonio que le ocupaba en señorío, su portero, hombre fideísimo á sus amos, el cual pernoctaba en un minúsculo pabelloncito, junto á la entrada de la verja, y la criada, una muchacha robusta y guapetona, que dormía en el piso bajo, y de cuya continuidad en el servicio no había podido prescindir D. Mar-

cos, por justa y natural exigencia de su mujer que, siendo ya excesivamente mermada su servidumbre, no quería consentir en verla anulada por completo. A bien que Juana, que este era el nombre de la que llamaremos doncella, por llamarla algo, mostróse siempre como chica prudente y merecedora de la confianza que en ella depositaban sus señores.

Bernardo, el portero, giraba todas las noches una visita de inspección por el jardinillo que rodeaba la casa, y provisto de una escopeta, por lo que pudiera ocurrir; no se acostaba hasta adquirir la seguridad completa de que ningún alevoso malandrín, saltador de haciendas ó de honras, se escondiese por aquellos lugares en espera de una ocasión propicia á sus fechorías lamentables.

Pero Bernardo no contaba con que Juana, la, ¡ay!, doncella, era de frágil barro como toda humana criatura. Juana, no sólo escuchaba las dulces palabras de un galán, sino que, para oirlas más á su sabor, proporcionábale la entrada en la casa, á hurto de to-

dos, y cuando las sombras y el silencio de la noche oficiaban de galantes protectores de aquella picardigüela, como de tantas otras realizadas en tal momento, lo mismo en la Guindalera que en las afueras de Pekín, en las cercanías de Navalcarnero y en los barrios extremos de Nueva-York.

Juana, sí; Juana, la doméstica humilde, permitíase el lujo de recibir un amante durante la noche, lujo que está al alcance de las más humildes menestras, lo mismo que de Margarita de Borgoña en la Torre de Nestle, ó de Julieta, la pizpireta veronesa escuchando, á deshora, el palique de Romeo, sin temer al



—Habéis visto; á La Tórtola le gustan los hombres.

—Pues á nosotras, al revés; nos gusta la tórtola.

relente, hasta el instante en que se marchaba el sereno y venía la alondra.

Y cuando Bernardo, al ver saltar la verja al seductor, disponíase á enviarle un disparo de sal, la gentil figura de la criada mostrábase intercediendo por el galán, y diciendo al celoso celador:

—¡Ah! ¡Si tú supieses á lo que viene!

Bernardo se lo figuraba, desde luego; pero como la doméstica lo dijo con tal misterio, mientras le conducía de la mano hasta el vestíbulo y le introducía en el hotel, calló



—Nada, que no me gusta ese ojo.

—¡Mia... que... lo tendrá usted mas fresca... tía cotorra!

como buen siervo, y compadeció á su señor, porque ya no le cupo duda de que suficientemente aburrida la mujer de Torote, buscábase una necesaria distracción, y usaba como confidente é introductora de embajadores á su fiel servidora.

Y así pasó una noche, y otra, y muchas noches. Pero ved que, como en la leyenda de D. Fernán Ruiz de Castro, y como en la aventura del collar de María Antonieta, por culpa de la liviandad de una criada mixtificadora padecía el buen nombre de la señora inocente. Mientras la esposa de D. Marcos dormía en su triste lecho, Juana se refocilaba

en el suyo, puesto á mucha mejor temperatura.

Pero con tal desenfado entraba ya como en casa propia el seductor, que una noche en que el señor de Torote velaba pensando en escribir una obra para el Coliseo Imperial, descubrió la llegada misteriosa y subrepticia de aquel galán arr. gustado.

Averiguóse el objeto de sus viajes, con harto detrimento de la buena fama de la que ya no nos atreveremos á llamar doncella, y D. Marcos exigió cuentas estrechas á Bernardo, el vigilante negligente:

—Dime, hombre falaz y miserable, ¿conque le veías entrar todas las noches, y no le detuviste la primera vez?

Con lo que el ingenuo Bernardo quiso sincerarse á fuerza de sinceridad:

—¡Ah, si yo hubiera sabido que era por la criada!—decía el infeliz—. ¡Pero yo, la verdad, creí que venía por la señora!

Pedro de Répide



MERCEDITAS PARDO

Por un error cometido en la imprenta, se puso en el número anterior de LA HOJA DE PARRA la firma de Mercedes Pardo en un artículo que la gentil artista no había escrito.

Tiene ella interés en que conste así, y sus deseos son órdenes para nosotros.



EPIGRAMA

A su hija Pilar, Luis Caba mandó á Cangas de Tineo para ver si allí engordaba, porque la pobre se estaba quedando como un fideo.

Y al preguntarle hoy Pepita, la mujer de Juan Laborda:

—¿Qué tal? ¿Qué tal la pollita?— contestó alegre Cabita:

—Se me está poniendo gorda.

Enrique Garcia Alvarez.

NIEVES.—Pues... verá usted... francamente; no leo más que la letra de periódico.

YO.—No te pongas colorada por eso, mujer; ya te pondré yo al corriente de lectura, de escritura y de cuentas, y en cuanto pases de las cuatro reglas...

NIEVES.—¿Ya empieza usted? Como siga por ese camino me voy y no me ve usted el polvo.

YO.—En primer lugar no seas mal pensada y en segundo, háblame de tú, porque al fin y al cabo me tendrás que tutear...

NIEVES.—No digo que no; pero todavía es pronto.

YO.—Bueno; esperaré á los postres.

NIEVES.—¿Tan pronto?

YO.—Demasiado tarde me parece, tratándose de tí, que me tienes dos meses largos tragando quina por un solo capricho.

NIEVES.—¿Cuál?

YO.—Medir tu cintura con el brazo izquierdo; convencerme con la mano derecha de que no llevas postizos, y no dejar ociosa mi boca.

NIEVES.—Eso pasa de un capricho.

YO.—Déjame acabar.

NIEVES.—Pero, ¿falta algo más?

YO.—¡Ya lo creo! Si esto es el prelude solamente. ¿O es que tú crees que, teniendo en mi compañía tantas mujeres bonitas, me iba yo á desvelar por tí para tan poca cosa?

NIEVES.—Usted es un agonioso.

YO.—Yo soy uno que le gusta lo bueno, y, sobre todo, lo nuevo. Yo creo que tú reunes las dos cosas.

NIEVES.—A la vista está.

«El que esté limpio de pecado que tire la primera piedra». Hay muchísimas personas que van más que yo, que explotan la Industria y el Comercio, bien en azúcares, pan, etc., etc. Yo soy freidor de pescado á estilo andaluz *por irradación*.

Suplico á los futuros parroquianos que no me hagan pedidos cuando esté en escena. Sería una crueldad de mal gusto.

Este anuncio está escrito con lágrimas en la última página de mi libro.

Ese libro, que tiene dos ediciones de carne y hueso y que se llama Antonia.



NOTA IMPORTANTE... para mí.—Ha llegado á mis oídos que al leer esto que escribo con mi mano, sale de mi corazón, pasa por mi cerebro y rejuvenece todo mi ser, han dudado que sea mio. En vista de esto, debo advertir que no tiene más colaboración que el recuerdo de sucesos verídicos (por eso cito nombres), y en cuestión de forma literaria, más ó menos imperfecta, se debe á lo que mi difunto padre me hizo estudiar hasta los diecisiete años, época en que me pareció debía cambiar de rumbo por no poder ser el primero, pues tenía por condiscípulos á Angel Ganivet, Fermin Garrido (semi-nente médico granadino) y algún otro de esa categoría.

Yc siempre he querido ser el primero en algo. Si no puedo serlo en hacer reír, lo seré en estrambótico. Por eso soy freidor de pescado.

POR LAS AFUERAS

Sainete libidolicoautoritoso, con letra de un servidor y música de organillo, en tres cuadros y parte de otro.

Primer cuadro, merendero de lujo.

Segundo idem, alrededores de otro.

Tercero, trayecto más caro de Madrid yendo en tranvía.

Final, escenario de Apolo.

CUADRO PRIMERO

El lugar de la escena es un comedor al aire libre en el Campo del Recreo, rodeado por tupida valla vegetal que impide el curioso de miradas indiscretas.

Se ven pasar varios trenes puente arriba y puente abajo.

El Manzanares tararea á media corriente una sentida barcarola.

Cupido mariposa en derredor de los arcos voltaicos. Atardece.

PERSONAJES DE ESTE CUADRO

NIEVES.—(Por ejemplo.) *Joven modista con ganas de soltar la aguja y agarrarse á lo primero que salga con tal de no picarse más la yema del índice izquierdo. Debuta en comer fuera de casa, donde suelen tener el puchero á la fune:ala.*

UN CAMARERO.— *Bebedor incorregible mientras permanecen sus párpados abiertos. Algunas veces bebe también con ellos cerrados. Se mejan capotas de coche para pasear bebés, con burlete rojo.*

YO.— *Elaborador á brazo de pasiones volcánicas á la española, pero con paciencia y saviva.*

YO (*ofreciéndola una silla*).— *¿Ves como no te ha visto nadie de tus conocidos, tonta?*

NIEVES (*ruborosa*).— *Si... pero... yo soy honrada y ustedes, los del teatro, son tan atrevidos...*

YO.— *Ya te habrás convencido en el coche que se exagera.*

CAMARERO (*fresco todavía*).— *Buenas, don José y la compañía, ¿qué desean tomar?*

YO.— *¿Traes la lista?*

CAMARERO.— *Aquí la tiene.*

YO.— *Nieves, mira los platos que hay y pide todo lo que quieras.*

NIEVES.— *Usted mismo escogerá.*

YO.— *Entérate, entérate. (Nieves deletrea por lo bajo.)*

CAMARERO.— *¿Y cómo tantos días sin parecer por aquí? ¿Se ha enfadado usted por algo? Ya sabe usted que aquí se le quiere.*

YO.— *Ya lo sé, hombre; es que he ido estos días á las Ventas.*

CAMARERO.— *¡Sí... sí!... A casa del señor Juan, en la Bombilla; aquí todo se sabe.*

YO.— *Efectivamente; he ido algunas noches después de acabar la función, pero ha sido con hombres sólo y por ver bailar.*

CAMARERO.— *¡Por ver... por ver!...*

YO.— *Mira, tráete una copa de Cazalla y á esta joven un vermouth.*

CAMARERO.— *Como las balas.*

YO.— *¿Has escogido ya?*

LA MINA DE LAS MUJERES



ENRIQUETA Canales es una muchacha apetecible por todos los cuatro costados, no sólo por su físico, que es de lo más rico y escultural que ha producido la Naturaleza — con perdón de sus papás, que se creen únicos autores de obra tan bella— sino por su capital, que es incalculable.

Pero esto de incalculable conviene aclararlo, para que ustedes, si ponen los ojos en Enriqueta, no vayan convencidos de que la lindísima joven es millonaria... No señor; Enriqueta está bien, tiene una regular fortuna, pero ni es millonaria ni lo será mientras los hombres no quieran. La fortuna suya es una mina que está por explotar, y que hoy por hoy no tiene más que un valor ideal, hipotético, como todo lo que oculta la Naturaleza y que requiere luego la cooperación y el talento del hombre para que dé fruto...

¿Sabrá el marido que la toque en suerte á Enriqueta explotar la mina de su mujer?... ¡Quién sabe!

Yo he conocido muchas mujeres, como las habrán conocido ustedes, con una mina, por lo menos, que podía ser objeto de explotación espléndida, y, sin embargo, no han sabido ó no han querido aprovecharla. Es más: yo he tratado de meterlas en negociaciones para que gozaran de los beneficios de esa propiedad virgen, y han tenido sus reparos.

Claro es que siguiendo Enriqueta ese ejemplo y negándose, como otras, á explotar su mina, el caudal que se le asigna ya se puede calcular de antemano. Pero personas que la tratan con intimidad y que han tenido ocasión de tratarla, al recaer la conversación sobre sus futuros proyectos cuando se case, ha dicho poco más ó menos:

—Yo no sé quién será mi marido ni si á él le gustará ó no esto que yo apporto al matrimonio: una mina por explotar. Pero suponiendo que no sea de su gusto ó suponiendo que se canse de ella, yo no he de permanecer ociosa, porque no está una para perder el tiempo. Esta mina, según mi madre, es un venero de riqueza, y sería una primada que ya mi marido ó bien cualquier extraño no la sacara el provecho que puede dar. ¡Fuera, fuera el venero!...

En esto tiene razón Enriqueta. Porque una cosa es el matrimonio y otra los negocios. ¿Por qué teniendo ella un negocio tan hermoso ha de prescindir de él?... ¿E; que la

mujer, siempre dedicada á las labores de la casa, no ha de abrirse nunca paso en el mundo de las especulaciones?... ¿Es que, si el hombre gana por un lado, ella no puede ganar lo mismo ó más por otro?...

Yo creo que sí, y tengo la seguridad de que Enriqueta, á poco que se mueva, sacará mucho más que su marido.

Se trata de una mujer bonita, viva, ingeniosa, traviesa y de acometividad. Su figura



—Chico, que flaca está la marquesa.

—Como que no puede tomar más que lenguados.

es ideal, deliciosa, sugestiva; lo más perfecto que han soñado hombres. Sus ojos dominan y atraen; su sonrisa adormece y electriza... En fin, que, aun suponiendo que su marido no tuviera alientos para explotar solo la mina de su mujer, no había de tardar ni un segundo en encontrar un socio.

Aficionados á esos negocios hay precisamente muchos. Como hay también muchos maridos que viven y triunfan por eso.

Por la mina de la mujer.

F. Roig Baialler

GRAN TEATRO

El martes 30 de Enero de 1912

¡EMOCIONANTE! ¡DESCAGHARRANTE! ¡¡¡ABRACADABRANTE!!!

BAILE MONSTRUO DE MASCARAS

ORGANIZADO POR LA POPULARÍSIMA REVISTA FESTIVA

La Hoja de Parra

Cuya inocentísima Redacción, después de meditarlo una enormidad de tiempo, ha resuelto que sus **25.000** lectores madrileños pasen ese día

Una noche morrocotuda

con sus **100.000** hermosísimas y pistonudísimas lectoras. (¡A CUATRO POR BARBA!... ¡¡qué barba... ridad!!).

Por lo pronto, nos consta que en seguida que circuló el rumor de que los chicos de

La Hoja de Parra

iban á organizar esta *tontería de baile*, hubo en todos los Centros femeninos y masculinos una gran batuda de desmayos y suspiros entrecortados, sólo al pensar en el gusto que les daría asistir á tan extraordinario acontecimiento «terp-sicoriano».

Y, ahora, agárrense ustedes á donde puedan, para no perder la chaveta, al leer el siguiente

PROGRAMA

la Banda Municipal, interpretará una locura de valeses muy lentos, de habaneras más lentas todavía, y de schotis completamente inamovibles. Desde «la matchicha» hasta la introducción del «Nabuko», pasando por la obertura de «Cleopatra», se tocará todo lo tocable en las

3 PARTES - ¡¡3 PARTES!!

(que ya es tocar bastantes partes).

¡¡¡ATRACCIÓN! ¡¡¡SENSACIÓN! ¡¡¡DESCOYUNTACIÓN!!!

Una bellísima artista, suculenta y truculenta estrella de «variettes», la HERMOSA Y POPULAR «danseuse»

CLAUDINA

después de muy reiteradas instancias de los chicos de

LA HOJA DE PARRA

y en demostración del afecto y hasta del cariño que le merecen todos los lectores de esta candorosa Revista, se ha decidido á realizar la muy abnegada prueba de

El sacrificio de LADY GODIDA

No atravesará el salón montada en un caballo blanco

Sin traje, ni velo

ni toca, ni manto

que cubra su cuerpo...

como su casi homónima la señora de Conventry: primero, porque un baile no es un «conventry»; segundo, porque no quiere enardecer á los señores de la Liga... y á los de más arriba de la Liga, y tercero, porque hace mucho frío; pero adquiere el *compromiso de honor* de realizar el sacrificio mencionado simbolizándolo con la entrega de los

Grandes premios

consistentes: el primero en una dislocante y codiciada

PIPA DE HONOR

La gentilísima y apetitósísima CLAUDINA dará la pipa y los demás regalos que á continuación se enumerarán á los felices poseedores de los billetes de entrada al baile, que tengan un número igual al del sorteo que con toda clase de formalidades, á la vista del respetable concurso, sin trampa ni cartón, se verificará en el palco de la Comisión organizadora, previo toque de atención por un profesor de corneta, que la toca admirablemente, y durante el descanso de la segunda á la tercera parte.

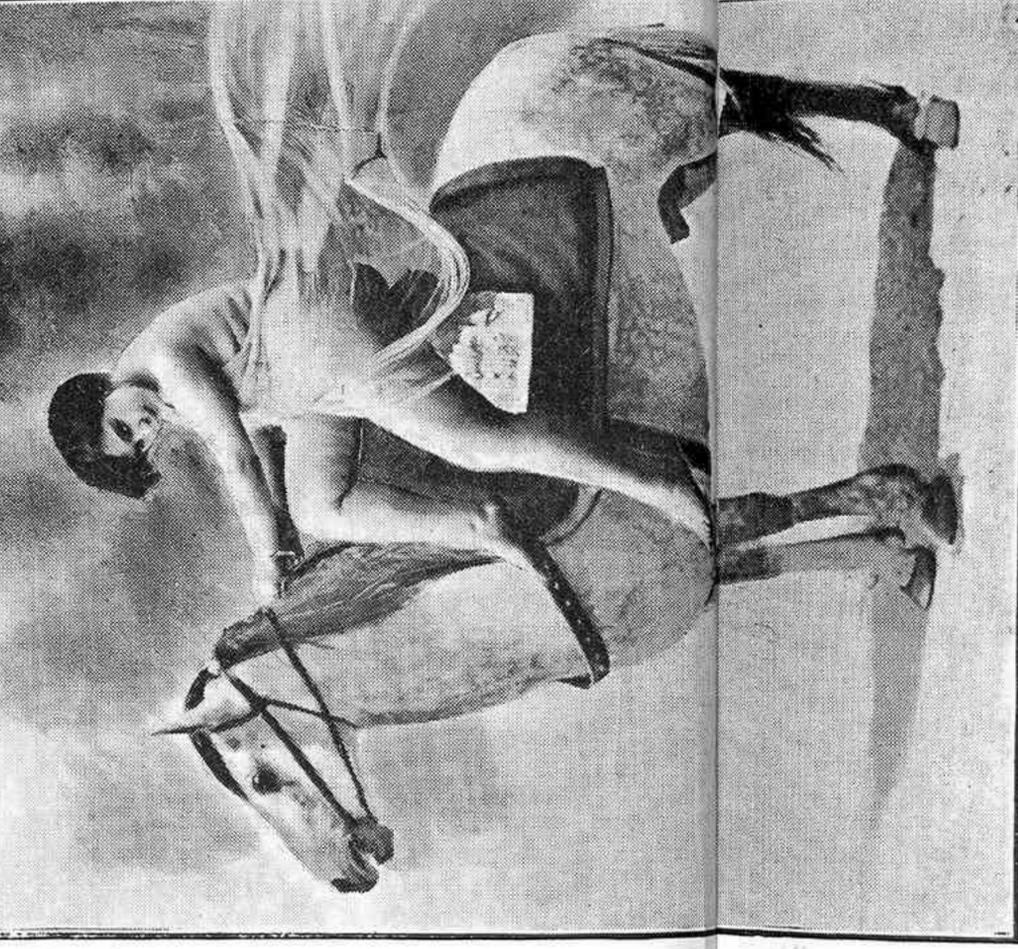
En el mismo momento se sortearán también, como SEGUNDO PREMIO

Media docena de botellas de «Champagne»

Y COMO DIEZ TERCEROS PREMIOS

Diez suscripciones por un año

en edición de lujo de la ino-centísima Revista.



«CLAUDINA», LADY GODIDA

(Fotografía de Alfonso)

y Saloñes de Peluquería de Lorenzo P. Moreno, Carretas, 15, y Sabino Quijada, Puerta del So', 4

Y para que vean que cumplís con todas las disposiciones superiores, al dirigiros al baile, que dará comienzo á las doce... no vayáis atropelladamente por cualquier acera, y como vais á divertirnos:

¡¡LLEVAD LA DERECHA!!

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

	Pesetas
Palcos proscenios plateas, sin entradas	50,00
Idem íd. entresuelos, sin íd.	50,00
Idem íd. principales, sin íd.	35,00
Palcos plateas, sin íd.	40,00
Idem entresuelos, sin íd.	35,00

Entrada de caballero, con dos de señora. **3 pts.**

(El impuesto del timbre á cargo del público)

Guardarropa: prenda, una peseta.

S. M. LA CARNE

SOBRE el velo purpurino que extendieron en el cielo los últimos reflejos de aquel crepúsculo otoñal se recortaba el grupo imponente de los mineros amotinados, que avanzaban por la carretera formando una masa informe, negruzca, semejante á una gota de tinta resbalando por un plano inclinado. En el fondo del paisaje se veían algunos edificios de sólida construcción y varias chimeneas que no daban al viento sus penachos de humo, y que se erguían melancólicas, como si experimentasen la nostalgia del trabajo y el frío de los hornos que apagó la huelga.

Don Julio Márquez, conde de Casa Ferrer, principal accionista por no decir propietario único de la mina, examinaba, meditándola, aquella escena desde los balcones de su hotel; un edificio de dos pisos, elegante y sólido, en el cual estaban instaladas las oficinas de la compañía.

De pronto, los gritos furibundos de— «¡Viva el pueblo trabajador! . . ¡Mueran los burgueses...» vinieron á romper el hilo de sus meditaciones, y tornó á fijarse en los amotinados que miraban hacia los balcones del hotel, mostrando sus rostros curtidos, embrutecidos por catorce horas diarias de trabajo físico, y sus bocas entreabiertas, lanzando frases cuya verdadera significación social no comprendían...

Así pasaron algunos momentos y Julio Márquez volvió á ensimismarse: acababa

de ver entre un grupo de mujeres á Benita, una mozuela como de veinte años, con quien había hablado algunas veces y cuya juvenil lozanía cautivaba con misterioso hechizo la gastada senectud del conde. Era de mediana estatura, gruesa, con amplias y movibles caderas de gozadora, ojos grandes, nariz corta y ancha, la tez pálida y un bello sangriento que la sed de goces entreabría. No era hermosa, y sin embargo Márquez, obedeciendo á un extraño desvarío de viejo libertino, codiciaba ardientemente aquella mujer cuyo

cuerpo había calmado la fiebre carnal de tantos hombres vigorosos, aquella meretriz que se prostituía caprichosamente en las frías lobregueces de la mina, como ganosa de llevar hasta las entrañas de la Tierra un eco del himno sublime del *germinal* humano, y pareciéndole que entre aquellos brazos varoniles, bronceados y fuertes, su fatigado organismo podría gozar una voluptuosidad nueva...

De pronto el conde Ferrer se volvió, oyendo que abrían la puerta de su despacho.

— Señor — dijo un criado inclinándose— un grupo de mineros quiere hablar al señor conde.

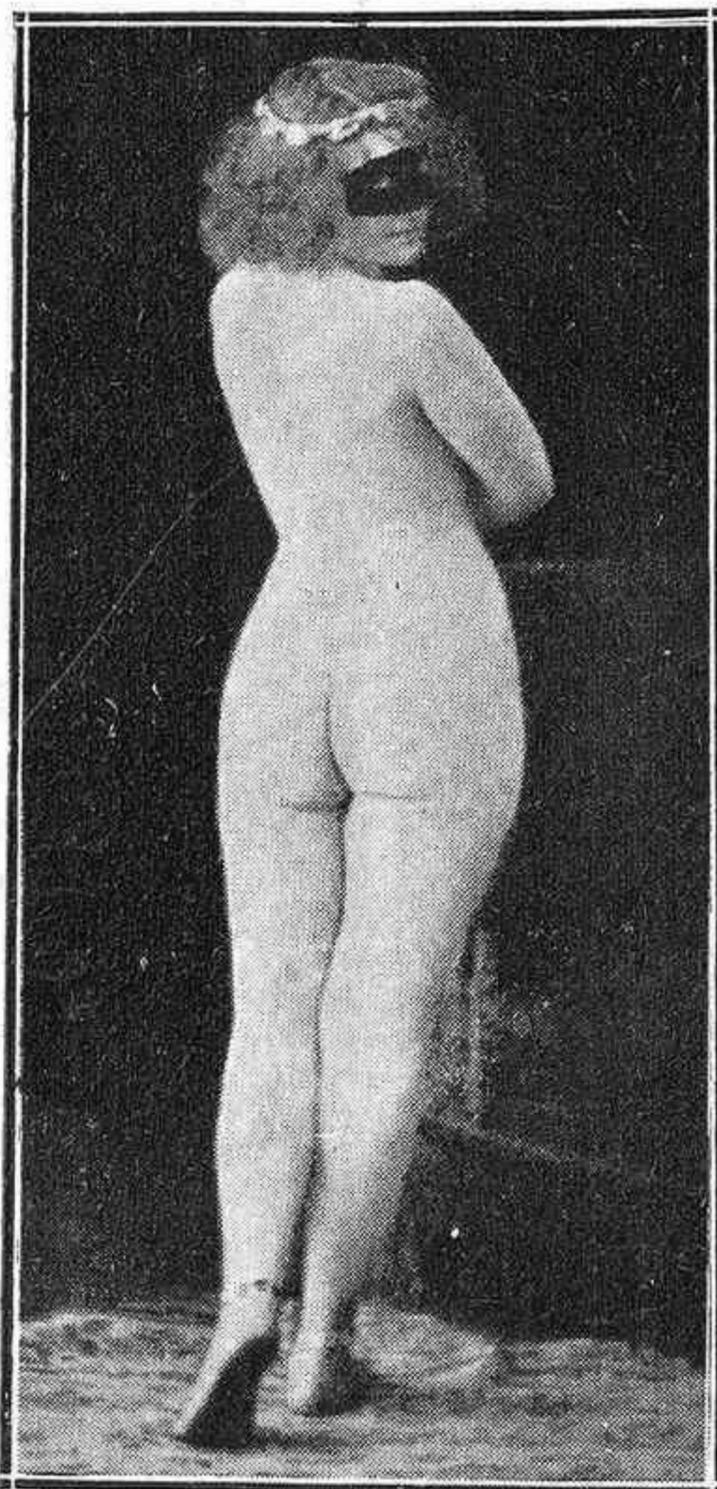
— ¿Cuántos son?

— Tres nada más.

— Déjales pasar y ten cuenta de que la servidumbre esté armada y prevenida.

Transcurridos algunos momentos entraron en el despacho los tres comisionados. Al principio permanecieron junto á la puerta, sin atreverse á manchar la alfombra con el barro de sus zap-

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

tones, cohibidos por aquel alarde imprudente de riqueza, reconociéndose débiles y ridículos en aquel ambiente desconocido.

No obstante, vencida la primera emoción, el más atrevido de los visitantes habló, exponiendo con tartajosa lengua sus deseos. «Su situación era desesperada; vivían en la miseria. Deseaban más jornal y menos trabajo...»

—Reflexionaré en lo que me han dicho ustedes, pero probablemente no podré complacerles.

—Eso, señor conde... ya lo vemos, porque nosotros... no podemos consentir, no podemos tolerar... nosotros...

—Ustedes no pueden contra mí, puesto que me apoyan las bayonetas del gobierno. Ustedes están atados de pies y manos, á merced mía...

Y se puso de pie, dando por terminada la entrevista: entonces los comisionados quisieron protestar, exteriorizando aquella indignación que tan elocuentemente expresaban á solas, y no pudieron: la figura grave y enérgica del anciano noble se les impuso; parecióles que la alfombra y los muebles protestaban de su presencia y que sus mejillas se arrebolaban cual si el aire cálido de aquella habitación les abofetease el rostro, y salieron avergonzados, á reculones, ensayando un saludo torpe y humillante como una súplica.



En aquella situación pasaron varios días; algunas parejas de la Guardia civil vigilaban el hotel del conde, y aún se esperaban más refuerzos; la huelga continuaba, pero los amotinados permanecían en la mina, sin atreverse á tomar la ofensiva resueltamente. Entre ellos habían surgido diferencias: unos eran partidarios de ofrecer una resistencia pasiva; otros, los más exaltados, proponían volar la mina... Las mujeres, por su parte, también se acaloraban, asegurando que los hombres no hacían cosa de provecho, y que si ellas oficiasen de directoras de motín, los acontecimientos llevarían muy distinto sesgo.

Y entonces fué cuando Benita, aquella carne de placer que los mineros se repartían fraternalmente en las noches de orgía, tuvo el antojo de visitar al conde Ferrer; ella sabía que el viejo Márquez la deseaba; sus ojos perversos de mujer lasciva habían sabido medir toda la ardiente inmensidad de aquel deseo, y tuvo la presunción de creerse capaz de obtener con sus hechizos lo que los mineros sublevados no habían podido conseguir con sus amenazas.

Y, en efecto, aquella misma noche un cria-

do le anunciaba al conde la visita de una minera.

—Que pase—repuso Márquez.

Y permaneció en pie y cruzado de brazos, en actitud digna, creyendo que tendría que habérselas con la mujer de algún minero enfermo que iba á mendigarle una limosna. Cuando Benita entró en el despacho, el Conde-Ferrer se estremeció ligeramente, sintiéndose débil ante la mujer, la única fuerza vencedora del capital.

—Hola, muchacha, eres tú!—exclamó Márquez procurando serenarse:—¿qué te trae por aquí?...

Ella le miró con ojos reticentes y provocadores: estaba codiciable, con sus redondas



—Aquí me tiene usted, destilando...

—Pues ya sabe lo que dice el famoso anuncio: *Si toséis, toméis.*

—¡A mi edad!

caderas de mujer férvida, y su talle cimbreándose bajo el ceñido corpiño de percal. El conde también la examinaba, desnudándola con la imaginación y representándose el placer que experimentaría acariciando aquellas carnes que habían sido sobadas por las manos callosas de tantos mineros; aquellas carnes plebeyas, ásperas y duras, tan diferentes de las de las meretrices cortesanas que él conocía, tan suaves, tan relamidas por el roce de las sedas y los afeites del tccador.

—Pardone usted, señor conde, que le mo-

leste—dijo la joven con aire resuelto;—pero vengo en nombre de mis compañeros, de mis hermanos los mineros...

Julio Márquez no la dejó seguir.

—Vaya—dijo sonriendo bondadosamente—es imposible que una chiquilla tan alegre como tú se ocupe de asuntos tan enojosos. Y... ¡cuidado si eres bonita y si tus ojos son retrecheros!...

Se había acercado á ella, y cogiéndola familiarmente por un brazo la atrajo hacia sí.

—Vamos—agregó—¿qué debería yo hacer para que me quisieses un poquito?

La joven se dejó estrechar lo suficiente para que los deseos del anciano tocasen á

ENTRE ELLAS



—A que no sabes cuál es el colmo de un conquistador.

—¡Tirarse una plancha!...

arrebato, y en seguida le rechazó, diciendo con firmeza y desenfado:

—Estése usted quieto, señor conde... necesito hablarle de un asunto serio.

—Te quiero, te quiero mucho—repuso Márquez avanzando hacia ella con los brazos abiertos.

—¿Querirme usted?... ¡Ah, señor conde!... Hace usted mal rebajándose hasta una pobre minera... una mujer del arroyo, que no conoce á sus amantes...

Y desplegando á todo ruedo las rapose-rías y zangamangas de su refinada perversidad, dejóse abrazar de nuevo, consintiendo que el anciano la acariciase las caderas y la besase los labios. Luego, viendo que los ojos del conde empezaban á inyectarse y que sus mejillas palidecían acentuando la som-

bra violácea de las ojeras, se desprendió de sus brazos violentamente, exclamando:

—Si da usted un paso hacia mí, me asomo al balcón y pido socorro.

Entonces comenzó una escena dramática y repugnante á la vez. Casa-Ferrer se había arrodillado en actitud suplicante, murmurando:—No me martirices, compláceme... yo puedo asegurar el bienestar de toda tu vida...

De pronto, exarcebado por la inutilidad de sus ruegos, Julio Márquez se arrojó sobre la joven. Ella dió un paso hacia atrás y, cogiéndole por la cintura, le derribó sobre un sofá. Cayeron juntos, procurando cada cual sobreponerse á su enemigo para sujetarle; pero Benita quedó vencedora y fué una situación vergonzosa la de aquel anciano patricio alentando sofocado bajo las rodillas de una mujer.

—¡Es usted muy poco hombre para mí—exclamó. Luego dejóle y ambos se acomodaron sobre el diván como si aquella lucha que había asegurado la superioridad física de la hembra, hubiese nivelado la enorme desproporción social de ambos luchadores. Ella miraba al conde con insolente fijeza, ufanándose de humillarle con su belleza la viril solidez de sus puños; y él la contemplaba con redoblada afición, experimentando un moroso deleite de mesoquista en haber sido vencido y golpeado por aquella mujer.

Entonces hablaron llanamente: los dos pedían, defendiendo cada cual su deseo, tuteándose.

—¿Quieres ser mía? ¿Qué necesitas para ello? ¡Manda!

—¿Te comprometes, por escrito, á otorgar á los mineros lo que piden?

Y la disputa se prolongó durante mucho tiempo, empeñada, monótona, voltigeando continuamente alrededor de los mismos deseos. Benita, batallando por satisfacer su amor propio presentándose ante los suyos vencedora; Márquez, luchando por satisfacer el lascivo crispamiento de sus nervios.

En momentos tales Casa-Ferrer pensaba en que aquel cuerpo tan codiciado, le pertenecía. Los padres y los abuelos de Benita, en efecto, habían sido mineros y vivieron de la mina y en ella murieron; y la joven, ¿no era hija de aquel suelo de donde arrancaba su sustento diario? Y sus carnes, aquellas carnes duras y ásperas que él sentía estremecerse bajo los vestidos, ¿no estaban amasadas con polvo de la mina? Y pensando así Casa Ferrer, posado nuevamente de voluptuosa embriaguez, reclinaba su cabeza sobre el hombro de la joven, aspirando el vaho lujurioso de su seno y el hábito tibio que

exhalaban sus labios entreabiertos... Y al fin se reconoció totalmente vejado y emplebecido por S. M. la Carne, esa diosa anuladora omnipotente de privilegios. De súbito, desesperando de vencer la terquedad de Benita si no deponía la suya, se levantó exclamando:

—¡Oh, me pides un imposible!

—Bien; entonces, me voy.

Dió algunos pasos hacia la puerta; el conde, parado en medio del despacho, titubeaba; ella, que lo conoció, se detuvo, esperando una crisis favorable. Márquez se dirigió á la mesa; enloquecía el temor de perder á Benita y creía que ésta ponía por precio á su cuerpo el triunfo de los mineros.

—Me exiges un absurdo; mi ruina... la tuya también..

Pero la carne todopoderosa le impedía á escribir y escribió... Luego se detuvo, mirando á Benita, aquella mujer de una belleza selvática adorable, cuya posesión iba á costarle unos cuantos millones... Y tornó á parecerle tan hermosa, tan diabólicamente apetecible, que siguió escribiendo, comprometiéndose á cuanto le pedían... y legalizando después el documento con su firma y su sello condal. La joven, entre tanto, le observaba con ojos pensativos. Julio Márquez se había levantado.

—Toma—dijo—, ya eres mía.

Ella le miró perplejo, como si no comprendiese, y repuso.

—Gracias, señor conde.

Mas viéndola dirigirse hacia la puerta, Casa-Ferrer se abalanzó sobre ella.

—¡Cómo!—exclamó.—¡Ah, ladrona!... ¿Te vas?... No, no te dejas... Esta noche duermes conmigo... Si es preciso llamaré á mis criados que te retengan... ¡Ladrona!...

—¿Yo?... ¿Ladrona yo?... ¿Y por qué?... ¿Acaso me comprometí á ser querida tuya, asqueroso?...

—Quiéreme, quiéreme...—repetía.—Considera que sin tí no puedo vivir...

—Te odio, no te necesito... Me inspiras náuseas...

Él, hipando de sesos, se arrastraba sobre la alfombra...

—¡Benita!... ¡Benita!...

Después quiso besarla los pies; pero ella, obedeciendo á un crispamiento histérico, le rechazó.

—Quita, vete... cochino.

Él, no obstante, continuaba arrastrándose y suplicando, alargando hacia la joven su enflaquecido cuello de anciano decrepito... Hasta que repentinamente ella debió de pensar en lo mismo que momentos antes pensaba Márquez, esto es, que su cuerpo,

formado y amasado con el polvo de la mina, pertenecía á la mina, [y, por consiguiente, al dueño de aquella tierra... Y en el momento en que entreabría la puerta para salir, tuvo un arranque impúdico extraordinario, inaudito, afrentoso como un bofetón... con un movimiento rapidísimo levantóse las faldas y exclamó, mostrándole al conde sus nalgas, aquellas nalgas turgentes de gozadora, flageladas por el de'eite:

—Mira, esta tierra también es tuya, ¿verdad? ¿No querías besarme?... Pues, anda... ¡Bésame aquí!...

Eduardo Zamacois

PETULANCIAS



—Mira que mienten los periodistas. ¿Has leído eso de que La Goya y Bombita han dormido en el mismo hotel?

—Sí; ¿y qué?

—Pues que lo de La Goya es verdad, pero lo de Bombita... jarabe de Ipecacuana.

—¿Quién era entonces?

—¡Este humildísimo presbítero!

LAS PÍLDORA

MARAVILLOSAS



A farmacia de don Procopio Ruibarbo gozaba de la más alta reputación entre todas las de la capital.

Su clientela estaba constituida por lo más selecto de las clases sociales.

Desde las garridas Menegildas que en las primeras horas de la mañana llegaban, cesta al brazo, en busca de pomada para el pelo y de polvos para los dientes, hasta los pachorrudos y ventripotentes prebendados de la Catedral, que, al toque de *Angelus*, entraban en la rebotica á jugar la partida de tresillo y á surtirse de pastillas pectorales, todo Valdeflores, representado por los jefes de la guarnición, por los perspicuos magistrados de la Audiencia provincial y por los funcionarios de Hacienda, desfilaba por el despacho de don Procopio, que sonriente y afable, escuchaba á todos, preguntaba discretamente, respondía á media voz y, sin asombrarse de nada, se hacía pagar consultas y tratamientos á precios inverosímiles.

Bien es verdad que las malas lenguas, los murmuradores de oficio y los chismosos impenitentes, se permitían asegurar que el doctor Ruibarbo, hombre listo y estudioso como pocos, se pasaba la vida haciendo equilibrios sobre la cuerda floja del Código penal, sin otra ayuda que la del balancín formado por su ciencia, que no era corta, y por su marullería, que sí era grande. Lo cierto es que el farmacópola jamás estuvo en tratos con la justicia y nunca se vió mezclado en proceso cuya vista se efectuase á puerta cerrada.

El cronista de la ciudad, leguleyo zumbón, lleno de malicias y de soarronerías, afirmaba, en lenguaje extraño, que don Procopio poseía secretos de tal importancia y recetas de virtud tan rara, que le permitían: recomponer y hacer pasar por nuevo un vaso de cristal hecho añicos; dar patentes de eterna juventud á senilidades caducas; inventar ramos de azahar purísimo donde la Naturaleza hizo fructificar naranjos, y otras mil cosas estupendas, tales como las de operar transformaciones de orden inverso á las que operaba el sabio Salomón cuando trocaba á las verdes doncelleces en maternidades maduras...



«La Perla» era indisputablemente la mejor fonda de Valdeflores, y aun hubiera sido

mayor su crédito á no saberse las diarias reyertas entre el fondista y su esposa.

Después de una bronca conyugal, era indefectible que «la mayonesa» resultase sosa, los flanes quemados ó el asado medio crudo; pero todo podía dispensarse á cambio del gustazo de tener por hostelera al primer premio en el concurso de belleza de Mónaco. Porque Margot, nombre que general-



El.—¿Cómo me entras el agua por las mañanas, Angelita?

Ella.—Fría.

El.—Pues yo todas las mañanas me la encuentro caliente.

mente se daba á doña Margarita, era un trozo de carne soberbiamente modelado; un hermoso animal que invitaba al quebrantamiento del noveno precepto del Decálogo y que poseía el privilegio de tener á don Facundo Pérez, dueño de «La Perla» y consorte de la fondista, en constante tensión nerviosa, determinada por unos celos africanos, dignos del mismísimo Otelo.

Don Facundo, por obra de misterios orgánicos, era, en sus funciones digestivas, más obstruccionista que D. Dalmacio ó el Sr. Sallaverry.

Los repetidos anuncios con que el doctor Ruibarbo llenaba la cuarta plana de *La Voz de Valdeflores*, llamaron la atención de don Facundo que, tras sensatas reflexiones, decidió consultar su dolencia y solicitar remedio del milagrero don Procopio.

Y, como lo pensó, lo hizo. Mediante cinco dures en buena moneda, el farmacéutico prometió al fondista unas píldoras de éxito infalible: «Píldoras maravillosas», fórmula número 1.»

Las tales píldoras, al decir de su inventor, eran de seguro resultado contra el obstruc-



—A tí siempre te gusta fumar señoritas.

—Sí; son las que mejor tiran.

cionismo y poseían, además, el privilegio de excitar—como la veratrina excita el estornudo—algo que en cierto modo, y aunque más bajamente, es estornudo, ó cosa muy análoga. Don Facundo creyó volverse loco de alegría imaginando que con la tal panacea iba á verse libre del veto que le separaba de la intimidad de su Margot.

Cuando el dueño de «La Perla» salía del despacho del doctor Ruibarbo, topóse con el tenor Gilini, huésped suyo y artista mimado del público. El cantante de ópera había ob-

tenido, de la que por su belleza fué premiada en Mónaco, una cita encaminada á consolarla del incomprensible alejamiento de don Facundo. Más como el tenorcete no estaba muy seguro de sus facultades, acudía al gran curandero en busca de refuerzos que le diesen pleno dominio de la escena.



La media noche era por filo cuando el célebre cantante entraba con suma cautela en el *boudoir* de Margot. Gilini acababa de tragarse, de golpe, media docena de «Píldoras maravillosas» y estaba inquietísimo al notar los extraños efectos de la medicina. Antes de poder saludar á la fondista un ruido breve, seco, se dejó oír. El tenor no se atrevió á dar un paso. Segundos después, otro estampido más sonoro retumbó en la estancia. El infeliz no se explicaba lo que le ocurría.

—Perdón, señora...—balbuceó, y una sinfonía exótica atronó los oídos de Margot, que, con la púdica gravedad de una verdadera doña Margarita, acudió con el pañuelo en socorro de sus narices y arrojó, colérica, de la estancia al escandaloso y nada delicado artista, prodigándole epítetos entre los que predominaba el genérico del compañero de San Antón.

Gilini, convertido en cañón de tiro rápido, refugióse en su aposento, que retumbó durante largo rato, merced á los... estornudos del atribulado artista.

Casi á la misma hora el fondista, después de echarse al colete las píldoras prescriptas por el doctor Ruibarbo, sintióse remozado. con tal remozamiento y con tales hervores de sangre juvenil, que ardió en ansias de comunicar á su cara mitad lo portentoso de la ocurrencia.

Don Facundo tuvo la oportunidad de encontrar á Margot en ese estado, mezcla de irritabilidad y de laxitud, que se experimenta tras el deseo no satisfecho.

Las paces se sellaron pronto y definitivamente entre los cónyuges.

Y mientras el torpón mancebo de la botica dormía á pierna suelta, bien ajeno de haber confundido y cambiado el destino de las «Píldoras maravillosas», dando la fórmula *estornutaria* al tenor y la tónico-estimulante al fondista, en «La Perla» se oía el rumor de besos en la alcoba matrimonial y se oía también la voz ronca de la batería emolazada en el cuarto de Gilini, que, sin tregua ni descanso, saludaba el entronizamiento del amor legítimo.

Fernando Amado.

CANDELARIA MEDINA

EN EL SALON MADRID

Entre los numeritos que nos ofrecen estos días nuestros «music-halls» —con ese *Caballero Davoli* y ese *Ernestini*, que el Sr. Fernández Llanos, tan celoso, por razones de moralidad, de que al alzar la falda las artistas no lleguen á la liga, por razones de humanidad debía prohibir, y merecería plácemes por ello—, tan sólo se nos presenta una artista que realmente lo sea: Candelaria Medina.

La gentil malagueña, cada día más hermosa, viene «que se las trae». Con repertorio nuevo; con su voz, tan timbrada y tan armoniosa, quizás más «manejable» esta vez que otras; con un vestuario lujosísimo, recientemente hecho en París, si no tuviera ganado y consagrado desde hace tiempo un primer puesto entre las primeras artistas de su género, ahora lo lograría.

Para el Salón Madrid ha sido un acierto el contratar á Candelaria. Todas las secciones en que ella toma parte se ven llenas de público, y la empresa se va á «hinchar» de ganar dinero.

SUCEDIDOS...

Don Rufo es un médico que entiende la vida. Noches pasadas, después de visitar por propia iniciativa á Matildita Aspurt, una chica muy guapa y muy buena, amigueta nuestra, se retiraba, dejándola sobre el velador del gabinete un billete de veinticinco pesetas.

Al salir, ella le detuvo y le dijo:

—¿Sabe usted, doctor, que desde hace días estoy mal? Me duele un poco aquí en el pecho.

Don Rufo la auscultó, la reconoció minuciosamente, y luego la recetó una untura. Al marcharse recogió las veinticinco pesetas, diciendo á la joven, que le miraba estupefacta:

—Es el precio de la consulta.

En el próximo número

LOS AMORES DE LA FORNARINA

escritos por ella misma.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid;

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

LA HOJA DE PARRA

♦. REVISTA FESTIVA ♦

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: **VICENTE PASTOR, Victoria, 11.**

En Barcelona: **NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL**